

TRIANGULO NEUMATICO

ANGEL GARCIA PINTADO

PERSONAJES:

EL MARIDO.
LA ESPOSA.
Y ELLA.

(La escena es más o menos así: una cama matrimonial en el medio de todo, y a ambos lados, el marido y la esposa; ambos en ropas interiores o de dormir. Es más probable que él esté sentado, mientras la esposa puede pasearse nerviosa por la habitación echando de vez en cuando una ojeada a la ventana, por la que llegará cada cierto tiempo el pitido y el traqueteo de un tren que hará temblar los cristales y un poco las carnes de ella.

El marido, durante toda la acción, estará inflando con su boca una muñeca de goma de las mismas proporciones y medidas que una mujer de carne y hueso medianamente desarrollada. Cada vez que hable el marido detendrá un instante su esforzada actividad pulmonar, para proseguir acto seguido, mientras la esposa hable o se desarrollen los silencios.

El marido aparenta estar tranquilo, y casi durante todo el tiempo dominará la situación con un sereno cinismo.

Hay una luz cenital en el centro que se expande en una circunferencia suficiente para iluminar a los personajes, pero no siempre; éstos jugarán de vez en cuando en las zonas de penumbra.

La edad de los personajes es indefinida. La amante neumática parece una mujer joven...

ESPOSA.—Me gustaría estar a la altura de las circunstancias. De verdad que me gustaría. Pero no puedo... No.

(El hombre la mira un instante. Luego sigue inflando.)

ESPOSA.—Veo cómo se van desinflando tus pulmones y cómo olla te devora por el aire. ¿No te das cuenta?

(El mismo juego del hombre.)

ESPOSA.—No...

ESPOSA.—No tenemos más que una vida. Y se la estás dando a olla.

(Silencio. Sólo el ruido del aire entrando por la espita.)

ESPOSA.—Cada vez te encuentro como más vacío.

(Grande pausa.)

ESPOSA.—Me gustaría no tener nada que ver con esto.

(Silencio, parece esperar una respuesta.)

ESPOSA.—...Pero soy tu mujer. Posiblemente no lo hayas olvidado todavía. Me gustaría estar a la altura de las circunstancias. O podría haber tirado el paquete a la basura el día que llegó. ¡Qué presentimiento al ver al cartero, sonriente, malvado, detenido en la puerta con aquella ironía puntual!... Los carteros están en el ajo de todo.

(Atención especial en la muñeca de goma. Pausa.)

ESPOSA.—Esa mujer no acaba nunca de engordar. ¿Es que no te basta? Un día explotará. Las mujeres, tarde o temprano, explotamos... ¡Pafff!...

(Expectación en ambos. Vuelven a mirarse unos instantes. No se dicen nada. Él mira a la muñeca. Continúa insuflándole vida.)

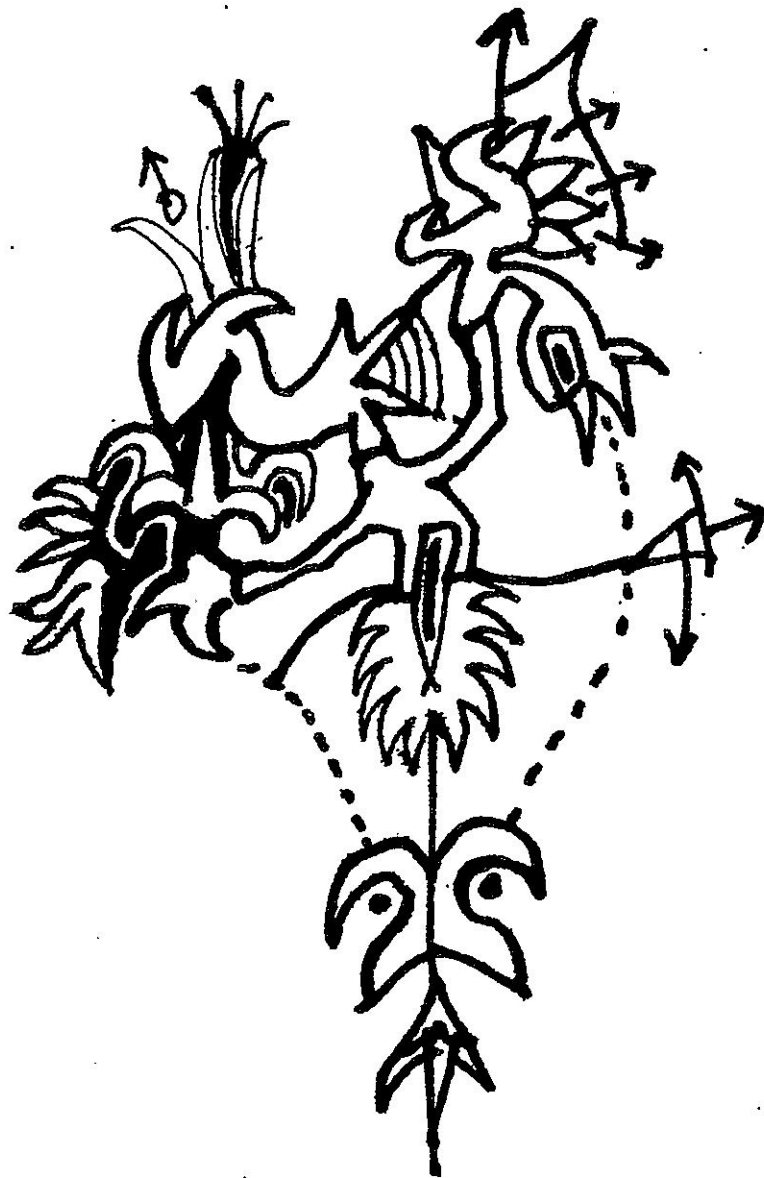
ESPOSA.—No tenemos otra salida. Incluso en la Biblia no estamos bien vistas, no. Indudablemente, también la Biblia ha sido hecha por vosotros.

MARIDO *(sereno, dejando de inflar)*.—¿Te desagrada esta situación?

ESPOSA *(insegura)*.—No... sé. De verdad que me gustaría estar a la altura de las circunstancias.

MARIDO.—Desde luego sería todo más agradable.

ESPOSA.—Intento por todos los medios reconocer que necesitabas introducir esa ilusión en tu vida.



MARIDO (*la mira con cierto rencor*).—No exactamente. (*Pedante.*) A cada una su peso específico. Amo la belleza.

ESPOSA.—Las instrucciones señalarán un tope.

MARIDO.—A gusto del cliente.

ESPOSA.—Esos pechos...

(*La mujer se mira los suyos instintivamente, se los toma con las manos (puede tomárselos con una sola mano)... El se la queda mirando compasivamente.*)

ESPOSA.—Ella...

MARIDO.—¿Qué...?

ESPOSA.—Parece que está criando.

MARIDO.—Es que lo está.

(*La esposa no comprende. El marido cursi.*)

MARIDO.—Ella alimenta mi ilusión.

ESPOSA (*dolorosamente*).—¡Oh!

(*Le vemos a él enrojecer cada vez más.*)

ESPOSA.—¿Voy por el manómetro? ¿Le pido la bomba de la bici a nuestro vecino?

MARIDO.—Por qué desconfías siempre de mis posibilidades?

ESPOSA.—¡Te sientes creador insuflando aire a esa costilla!

MARIDO.—Escribir un libro, plantar un árbol...

ESPOSA.—... ¡Inflar una amante!

MARIDO.—¡Eh! ¿Qué término es ese?

ESPOSA.—Te estás poniendo violeta.

MARIDO.—¿Quién eres tú para decirlo, si eres daltónica?

ESPOSA.—Daltónica, sí, más honrada. Vas a acabar como el trompetista del sexto: teñido de rojo y tosiendo como un desengañado.

MARIDO.—Ese no sabía soplar.

ESPOSA.—En el fondo lo que más pena me da es que no te veo convencido.

(*El la mira un instante. Pausa.*)

ESPOSA.—Es como si no tuvieras vocación. ¡Qué pena!... Ya no eres tú. Alguien te ha sorbido la voluntad y se está bebiendo tus pulmones.

MARIDO.—Vamos, vamos, te pones ridícula. Ponte a la altura de las circunstancias.

ESPOSA.—Me gustaría saber a qué distancia de nuestro suelo se encuentran esas circunstancias de que siempre me hablas.

MARIDO.—Empiezo a sospechar que no empleamos el mismo lenguaje.

ESPOSA.—¿Sí?...

MARIDO.—Me pides una altura física, real. ¡Es grotesco!



MARIDO.—Sí.
 ESPOSA.—Lo nuestro... ¿empezaba a ser monótono?
 MARIDO.—Sí.
 ESPOSA.—No se puede evitar que tu marido pase por un escapafito y se enamore de otra mujer.
 MARIDO.—Exacto. Vas bien.
 ESPOSA (*amargamente, con una lágrima*).—De otra mujer más joven.
 MARIDO.—Sí.
 ESPOSA.—Que le complemente y con la que pueda realizarse por entero.
 MARIDO.—Sí. Ella y tú.
 ESPOSA.—Cada una en su aspecto.
 MARIDO.—Sí.
 ESPOSA.—Debo hacer esfuerzos para que me caiga bien.
 MARIDO.—Saber convivir. (*Petulante.*) Es el primer mandamiento de la Ley Social.
 ESPOSA.—Aprendiste mucho en tus viajes.
 MARIDO.—No hay más remedio.
 ESPOSA.—Sin embargo, yo...
 MARIDO.—Debes creerme..., confiar en mí.
 ESPOSA.—¿No podíamos entrar en ese Mercado Común de otra manera?
 MARIDO.—¿Estamos en condiciones de imponer condiciones?
 ESPOSA.—¡Es terrible!
 MARIDO.—¿Qué?
 ESPOSA.—Tener que amar.
 (*Grande Pausa.*)
 MARIDO.—Ella es simpática. Creo que le has caído bien.
 ESPOSA.—Ya es algo.
 MARIDO.—Respecto a ella, no tiene inconveniente...
 ESPOSA.—¿En qué?
 MARIDO.—En..., que..., existas tú.
 ESPOSA.—Es muy generosa.
 MARIDO.—Tiene un gran estilo.
 (*Silencio.*)
 ESPOSA.—¿No puedes conformarte?
 MARIDO.—¿Con qué?
 ESPOSA.—Con su volumen actual.
 (*Pausa.*)
 MARIDO.—Más llenita está mejor.
 ESPOSA.—Siempre te gustaron las gordas.



ESPOSA.—¿...?

MARIDO.—Se trata de tu liberación, ¿no comprendes?

(Pausa.)

ESPOSA.—Ya, ya sé..., y Jane Fonda lucha por todas nosotras...

MARIDO.—¡Exacto! ¡Woman-lib, O.K.!

ESPOSA.—No podemos defraudarla.

MARIDO.—¡Exacto! Ella podía estar ganando mucho dinero si quiere...

ESPOSA *(continuando el discurso del marido)*.—...Y, sin embargo, se ha dicho: *No. Siempre hay un Vietnam, hay una esclavitud secular, una justicia perenne...*

MARIDO.—¡Exacto! Ese es un modo de estar en el mundo.

ESPOSA *(artificialmente entusiasmada con el papel)*.—...Les ha dicho a los hombres: *id aprendiendo a compartir vuestra cama con el amante de vuestra mujer.*

MARIDO *(se queda pensativo)*.—Siempre te equivocas. No hay quien haga carrera de ti.

ESPOSA.—Entonces tú vas y encargas eso... *(Se miran. Rectifica.)* ...Ella.

MARIDO.—Voy a empezar a llevarte conmigo en esos viajes.

(La mujer mira ilusionada.)

MARIDO.—Sí, lo he decidido. Te vendrá muy bien un poco de aire.

ESPOSA.—¡Podré estar a la altura de las circunstancias!

MARIDO.—Aprenderás a comprender mis nuevas ilusiones.

(Pausa. Sopla.)

MARIDO.—Si no nos transformamos interiormente nunca llegaremos a ser enteramente contemporáneos.

ESPOSA.—Y jamás seremos admitidos en ese mercado.

MARIDO.—Bien, bien.

ESPOSA.—¡¡El Mercado Común del Neumático!!

MARIDO.—Es nuestra salvación.

ESPOSA.—Eres un patriota.

MARIDO.—Sí.

ESPOSA.—Y un tecnócrata.

MARIDO.—Además.

ESPOSA.—Has aprendido a ver claro.

MARIDO.—No era fácil, te lo aseguro.

ESPOSA.—Ya.

MARIDO.—Ella me ayudó a ver.

ESPOSA.—Confías demasiado en esa apariencia.

MARIDO.—Ella es ese puente que nos une a lo que de siempre nos fue negado.



ESPOSA (*perpleja*).—Ahora ella es un puente...

MARIDO.—Que tenemos la obligación de cruzar.

ESPOSA.—¡Una obligación nueva!

MARIDO.—El hombre es un conjunto de derechos y obligaciones.

ESPOSA.—¿Y la mujer?

MARIDO.—Cada vez estás más susceptible.

ESPOSA.—Si pudiera salir un momento...

MARIDO.—Debes quedarte.

ESPOSA.—¿Para ver completada tu obra?

MARIDO.—Duérmete si quieres.

ESPOSA.—Si pudiera.

MARIDO.—Sería una desconsideración..., a ella.

ESPOSA (*para sí*).—Sería todo más fácil. ¿Voy por el manómetro?

MARIDO.—¿...?

ESPOSA.—Necesitas una guía. Algo que te diga: hasta aquí es lo racional.

MARIDO (*gritando*).—¡Yo sé qué es lo racional!

ESPOSA.—Siempre se te iban los ojos detrás de las gordas.

MARIDO.—Si eso te consuela... Puedes inventar cuanto quieras.

ESPOSA.—Pero todo tiene un límite. Y las mujeres también. De modo que un día no podemos más y...

(*Se mira. Pausa.*)

ESPOSA.—Se acabó lo que se daba.

(*Silencio.*)

ESPOSA.—Pero, ¿no ves que esa chica está cambiando hasta de color?

MARIDO.—Parece como si tuvieras algo personal contra ella.

ESPOSA.—No, no es contra ella, de verdad que no...

MARIDO.—¿Entonces..., contra quién?

(*Se miran.*)

MARIDO.—Contra la humanidad en general, ¿a que sí? Odias a la humanidad. Igualito que Hitler.

ESPOSA.—¿Por qué mezclas a otro en este asunto?

MARIDO.—¿Otro? ¿Le llamas otro a Adolfo Hitler?

ESPOSA.—No se... Me pones muy... nerviosa.

(*Se miran. El sigue inflando. Reacción súbita de ella...*)

ESPOSA.—Déjala. Estás aún a tiempo. Empezaremos de nuevo. Tú y yo, sin nadie por medio. Y todo ese aliento me lo darás a mí.

MARIDO (*extrañado*).—¿De nuevo? ¿Otra vez los viejos tiempos, los métodos clásicos?



(Ahora insufla el aire con rabia.)

ESPOSA *(forjándose una ilusión, pero sólo una).*—¡Sí!

MARIDO.—¿Me crees capaz de volverme atrás? No, yo no soy de
000s.

ESPOSA *(quemando las naves).*—Rectificar es de sabios.

MARIDO *(gritando, sudando, temiendo).*—He de decírtelo: ya no
podría vivir sin ella. Comienza a ser muy importante.

(La mujer enrojece, sopla, resopla, sufre.)

MARIDO.—¿Qué has sido tú capaz de hacer por mí?

(La mujer vierte una lágrima.)

MARIDO.—Mientras yo no hacía otra cosa que pensar en emanci-
parte de tus escrúpulos.

(La mujer enrojece más.)

MARIDO.—Degollando mil prejuicios..., como un San Jorge.

(La mujer resopla.)

MARIDO.—...Para que pudieras ir por la vida sin balbuceos...

(La mujer se lleva las manos a la cabeza.)

MARIDO.—...Sintiéndote más mujer, más adulta.

(La mujer se tapa los ojos.)

MARIDO.—No hay peor vicio que la ingratitud.

(La mujer gime, moquea.)

MARIDO.—...Ni peor ingratitud que tu rostro de gallina.

(La mujer se lleva las manos al vientre dolorido.)

MARIDO.—...Esa no es forma de decir: vamos hacia adelante, en
vanguardia; ya no somos tercer mundo y todos nos piden consejo;
estamos homologados.

*(La mujer se toma los pechos, que parecen aho-
garla.)*

MARIDO.—Empezamos a ser otros... Somos ya otros ...

*(La mujer parece querer elevarse del suelo como un
globo.)*

MARIDO.—Algo hemos avanzado... Intenta comprenderlo. La li-
bertad ha llamado a nuestra puerta. ¡Sal a abrir! *(Ensismado en su
delirio.)* ¡Libertad de pasiones neumáticas! Ya nadie puede encarce-
larte por esto, ¿no te das cuenta?... ¡El deseo certificado contra
reembolso! No echés a perder esta ocasión histórica. Tú eres la
eterna aguafiestas que vomita en la noche de bodas... No ha sido
nada fácil llegar hasta aquí, pero llegamos, hemos llegado. *(Gritando
como un energúmeno.)* ¡Da las gracias, al menos!

ESPOSA *(musitando).*—Gracias.

*(En ese momento se produce una enorme explosión
que deja sin luz a todo el teatro.)*